



www.loqueleo.es

Título original: *Two Degrees*

© 2023, Alan Gratz. Todos los derechos reservados

Publicado por acuerdo con Scholastic Inc.,
557 Broadway, Nueva York, NY 10012, EE. UU.

Este libro fue negociado a través de Ute Körner Literary Agent, S.L.U.,
Barcelona, www.uklitag.com

© De la traducción: Julio Hermoso

© De esta edición:

2023, Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana
Educación Global, S. L. U., licenciada a Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Ronda de Europa, 5. 28760 Tres Cantos, Madrid

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-510-2

Depósito legal: M-14559-2023

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: septiembre de 2023

Directora de la colección:

Maite Malagón

Edición:

Yolanda Caja

Coordinación editorial:

Marta Olivares

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega,

Álvaro Recuenco y Laura Ruiz



Las materias primas utilizadas
en la fabricación de este libro son reciclables
y cumplen ampliamente con la normativa
europea de sostenibilidad, economía circular
y gestión energética.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación
pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada
con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista
por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos
Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear
algún fragmento de esta obra.

A L A N G R A T Z

**DOS
GRADOS**

loqueleg

*Para Claire y Maddie Gratz.
El futuro es vuestro.*

**Sierra Nevada, California
Estados Unidos**

Primera parte

Alerta roja

—Mira, papá. ¡Un incendio! —exclamó Akira Kristiansen.

Señaló hacia abajo por el sendero de la montaña, donde una fina voluta de humo gris se elevaba de entre los árboles en el valle.

El padre de Akira avanzaba justo por delante de ella a lomos de un caballo frisón negro llamado Elwood. Ella montaba a Dodger, su caballo castrado de raza *quarter* y color castaño. Dodger había sido el primero en percibir el fuego allá abajo, se había detenido y había vuelto las orejas hacia el humo para hacer saber a la chica que había un problema.

El hombre tiró de las riendas para frenar el paso y giró la cabeza sobre el hombro. Lars Kristiansen era un norteamericano de padres noruegos, y tenía todo el aspecto del legendario leñador de los cuentos tradicionales: un verdadero Paul Bunyan de carne y hueso con vaqueros azules, la camisa de cuadros rojos y una poblada barba de color castaño.

—No te preocupes por eso —le dijo a Akira—. Seguro que no es nada.

Ella frunció el ceño. Había comprobado las condiciones de peligro de incendio antes de salir a caballo aquella mañana. Ese día, el servicio meteorológico nacional

había establecido una señal de alerta roja para la cordillera californiana de Sierra Nevada, tal y como había sucedido prácticamente todos los días durante el otoño. La alerta de nivel rojo implicaba altas temperaturas, ambiente seco y fuertes vientos, y todo ello aumentaba las probabilidades de que se produjera un incendio forestal. ¿Cómo era posible que el humo en la falda de la montaña no fuese un problema?

Akira bajó la mirada al suelo, donde las hojas quebradizas y las agujas de pino parecían listas y a la espera de ponerse a arder.

10

—¿No deberíamos contárselo al menos al Departamento de Incendios Forestales de California? —preguntó a su padre.

—Un pequeño fuego es bueno para el bosque —replicó él—. Así se libra de toda la materia seca antes de que se acumule en exceso y arda fuera de control.

«Sí, claro, pero parece que ya no hay “incendios pequeños”», pensó Akira, no desde que la temperatura de la Tierra se había elevado cerca de dos grados y el aire más caliente y las sequías más largas habían consumido la humedad de todo a su alrededor y convertido California en un polvorín. Ahora, casi todos los incendios eran de unas proporciones descomunales y quemaban medio estado. Y todo ello gracias al cambio climático provocado por el ser humano. Akira lo había visto en clase el año pasado y se había quedado asustada. Sin embargo, cuando llegó a casa y le contó a su familia lo que había aprendido, su padre le dijo lo mismo que le decía ahora:

—La naturaleza sabe cuidar de sí misma —afirmó, y chasqueó la lengua para que Elwood continuase la marcha; estaba claro que daba el tema por zanjado.

Akira negó con la cabeza. Él había visto igual que ella todos aquellos cambios en la Sierra Nevada californiana en los últimos años: unos incendios forestales de mayor tamaño, más frecuentes y más destructivos, las alertas por humo que la obligaban a quedarse en casa y a perderse el colegio, la sequía que había agotado las reservas de su pozo.

Pero la chica sabía que era mejor no mencionar las palabras «cambio climático» delante de su padre. Él se limitaría a cuestionar lo que ella dijese, y Akira no tenía fuerzas para eso. Su padre se cargaba de energía al hablar con la gente, la vida social le recargaba la batería. Akira era lo contrario. Le gustaba la gente, pero la agotaba estar «enchufada» todo el día. Después de una semana en el caos habitual del colegio y la familia, necesitaba aquellas cabalgatas tranquilas y reparadoras de los sábados por la mañana con Dodger.

Y discutir sobre el cambio climático era de todo menos tranquilo.

Volvió la cabeza sobre el hombro para mirar el humo a su espalda y dejó escapar un suspiro. Dio una palmadita en la cruz a su caballo para hacerle saber que había recibido el mensaje.

—Gracias, Dodger. Todo va bien —le dijo.

«Espero», añadió para sí.

El Rey Secuoya

12 Era el mes de octubre y las laderas de las montañas lucían todo un despliegue de tonos naranjas, amarillos, rojos y verdes. A Akira le encantaba esta época del año, cuando el aire era fresco, revitalizante y olía a los cedros y los abetos *douglas*. Había alguna que otra nube oscura en el cielo, pero ella sabía que no iba a llover.

Ya nunca llovía.

Cerró los ojos, respiró hondo y dio rienda suelta a Dodger. Elwood y él llevaron cuesta arriba a Akira y a su padre hasta llegar bajo un dosel muy alto de pinos ponderosa donde las flores de los alisos blancos y las *chamaebatias* crecían entre los inmensos pedruscos de granito. Los caballos continuaron su ascenso hasta la cumbre de la montaña, y los dos jinetes llegaron al fin al lugar al que se dirigían desde un principio.

Akira se sintió embargada por el silencio, como si hubiera entrado en una iglesia, y sintió un cosquilleo en la piel.

—«Contemplad al rey en todo su esplendor, el Rey Secuoya» —susurró el padre de Akira, que citaba una frase del naturalista John Muir.

Los rodeaban decenas de secuoyas gigantes, unos de los árboles más grandes de todo el planeta. La secuoya

de mayor tamaño que había allí tenía un tronco de tres metros y medio de diámetro, y llegaba tan alto hacia el cielo que Akira tenía que echar la cabeza hacia atrás para poder ver la copa. A los ejemplares grandes de las secuoyas gigantes como aquellas los llamaban monarcas, porque eran los reyes y reinas de los árboles. Algunos de ellos tenían más de dos mil años de edad.

Akira y su padre cruzaron una sonrisa. A los dos les encantaba aquel sitio. Allí arriba, Akira se sentía como si se hubiera desligado del paso del tiempo, como si el resto del mundo ya no existiera. Aquella arboleda era su lugar de evasión, su refugio.

Desmontó de su caballo y se adentró caminando en el bosque mientras Dodger pastaba. «Así se debe de sentir una hormiga cuando se pasea entre los elefantes», iba pensando. Las secuoyas gigantes la hacían sentir pequeña e insignificante, pero en un buen sentido: le recordaban que ella no era el centro del universo, que había cosas que eran mucho más antiguas y más grandes que ella.

Su padre también desmontó.

—Ay, no —susurró con un aire teatral—. ¿Qué va a pasar si tu incendio llega hasta aquí arriba?

Akira puso cara de pocos amigos. Ella sabía perfectamente, tanto como su padre, que las secuoyas gigantes estaban adaptadas para soportar los incendios forestales. Tenían una corteza de unos sesenta centímetros de grosor, y sus hojas perennes y greñudas se encontraban a gran altura, donde los incendios forestales no podían llegar. Estos árboles incluso necesitaban los incendios para reproducirse, porque las piñas con sus semillas solo se abrían al exponerse a un calor extremo. Un incendio jamás quemaría

y derribaría estos árboles, y Lars Kristiansen lo sabía. Tan solo la estaba provocando para que discutiera con él sobre el cambio climático.

Akira resopló entre dientes y se dio la vuelta. ¿Por qué su padre tenía que estropearle aquello? Era en estos recorridos a caballo por las montañas cuando ella se sentía más cerca de su padre. Fue él quien le enseñó los nombres de todas las plantas y los animales del bosque, además de todos los datos sobre las secuoyas; fue él quien le enseñó a recargar las pilas en la naturaleza.

14

¿Cómo podía estar equivocado su padre sobre el cambio climático, y a la vez tener razón al respecto de todo lo demás?

La chica negó con la cabeza. No iba a morder ese anzuelo. No iba a discutir con él. Este era su día, de ella, su ratito lejos de todo y en su lugar preferido del mundo entero, y no iba a permitir que nadie se lo estropease.

—¡Guau! ¡Cómo mola! —gritó a su espalda la voz de una niña, y Akira dio un respingo.

Intrusos

15

Akira se dio la vuelta. La chica que había entrado sin permiso en su refugio aparentaba unos trece años, como ella misma. Tenía el pelo corto, de color negro azabache, y la piel de un moreno claro, igual que el hombre que venía caminando junto a ella. «Padre e hija», se imaginó Akira.

—¡Y también hay caballos! —añadió la niña, que echó a correr hacia Dodger y Elwood. A medio camino, reparó en la presencia de Akira y se detuvo—. Ah, hola. Perdona.

—Eh, hola —dijo el padre de Akira a los recién llegados—. Yo soy Lars y esta es Akira.

—Daniel y Sue —dijo el otro padre.

Su hija y él tenían un leve acento, pero Akira no acertaba a ubicarlo.

—¿De dónde sois? —preguntó el padre de Akira, y ella soltó un gruñido para sus adentros.

A su padre le encantaba ponerse a charlar con cualquiera. Hablaba con todo el mundo, desde los dependientes del servicio para coches del restaurante de comida rápida hasta los padres que hacían cola para recoger a los hijos en el colegio. Aquella costumbre de su padre ya le daba bastante vergüenza, pero esta amabilidad de ahora solo iba a servir para animar a los desconocidos a quedarse por allí.

—Hemos venido en coche desde Fresno —dijo el hombre—. Lo hemos dejado en el aparcamiento al otro lado de la montaña y hemos subido andando. ¿Y vosotros?

—Vivimos cerca de aquí. Hemos venido a caballo desde el otro lado —dijo el padre de Akira—. Mi mujer y mi hija pequeña se han quedado en casa.

—¿Puedo acariciar a tu caballo? —preguntó Sue a Akira mientras sus padres hablaban de cosas sin importancia.

—Claro, supongo —dijo Akira tragándose su frustración.

¿Por qué tenían que estar justo aquí y ahora esta chica y su padre? Eran unos intrusos en su refugio.

Por lo menos, Sue tuvo el detalle de acariciar a Dodger en el cuello y no en la cabeza como si fuera un perro. Y parecía que a Dodger le caía bien aquella chica, y le dio un empujoncito con el hocico que le arrancó a Sue unas risitas. A Dodger se le daba bien juzgar a la gente y eso ayudó a que Akira se relajara un poco.

—Estos árboles gigantes son una pasada. —Sue había bajado la voz. Tal vez estuviera empezando a sentir también algo de aquella magia de la arboleda.

—Sí. ¿Es... la primera vez que los ves?

Akira le preguntó aquello en un esfuerzo por mostrarse sociable, algo que no le resultaba nada fácil. A decir verdad, Dodger era su mejor amigo, al menos desde que Patience se marchó de regreso a Florida.

Sue asintió con la cabeza.

—Nos mudamos aquí a vivir el año pasado.

—Yo crecí aquí —le contó Akira—. Mi padre me trae a ver las secuoyas desde que era pequeña.

—¿Ese es tu padre? —preguntó Sue, y nada más decirlo se puso roja—. Perdona, es que...

Akira le restó importancia con un gesto de la mano. Aquello le pasaba constantemente, porque ella no se parecía del todo ni a su padre ni a su madre. Tenía las anchas espaldas y los pómulos prominentes de su padre y el cabello negro y lacio y los ojos castaños de su madre, norteamericana de ascendencia japonesa.

—Nos preocupaba un poco lo de mudarnos a California, con todos esos incendios que ha habido.

17

Akira oyó al padre de Sue y en su interior saltaron todas las alarmas. Avanzó un paso hacia los dos hombres e intentó pensar en algo para cambiar de tema, pero ya era demasiado tarde.

—Ya sabes, por el cambio climático —añadía en ese momento Daniel.

Akira se quedó de piedra. «Ay, no. Ay, no; ay, no; ay, no», pensó. «Ha dicho las palabras malditas».

Lars Kristiansen se echó a reír.

—No existe eso del «cambio climático» —le dijo al padre de Sue—. A ver, la Tierra pasa por ciclos más cálidos y más fríos, pero el ser humano no tiene nada que ver con eso.

Daniel parecía sorprendido.

—Lo dices en broma, ¿no? ¿Tú no crees que las inmensas cantidades de gases de efecto invernadero que estamos liberando a la atmósfera a base de quemar combustibles fósiles tienen algo que ver con el hecho de que la Tierra se esté calentando cada vez más?

Akira y Sue cruzaron una mirada de preocupación al imaginarse la tormenta que se avecinaba. Incluso Dodger giró las orejas hacia los dos hombres.

—La Tierra es un ecosistema inmenso —dijo el padre de Akira como si se lo estuviera explicando a un bobo—. Nosotros tan solo somos una parte minúscula dentro de él.

—Papá... —comenzó a decir Akira, pero su padre no le hizo el menor caso.

Dodger se movió inquieto al percibir la ansiedad de la chica. Su mañana tan perfecta y maravillosa se convertía en humo ante sus ojos.

—Todos esos gases atrapan el calor en nuestra atmósfera —dijo el padre de Sue—, que provoca sequía, derrite los casquetes polares y eleva el nivel del mar. El cambio climático es real y lo estamos provocando nosotros, lo que significa que tenemos la responsabilidad de hacer algo al respecto.

—¿Tú te estás escuchando? —dijo el padre de Akira—. Mira estos árboles. ¿Cómo puedes estar aquí entre estos gigantes y pensar que nada de lo que vayamos a hacer nosotros podrá cambiar algo? La idea de que nosotros hemos provocado el cambio climático o que podríamos detenerlo si quisiéramos es el colmo de la arrogancia.

—Mira, te voy a decir yo a ti lo que es arrogante... —Pero Daniel no llegó a terminar su frase.

—¡Fuego! —El grito de Sue los sobresaltó a todos—. ¡Hay un incendio ahí abajo, al otro lado de la montaña!

Akira miró hacia el camino por el que habían llegado su padre y ella y dejó escapar un grito ahogado. El hilillo de humo que habían visto un rato antes se había convertido en un inmenso y virulento incendio. El fuego crecía con rapidez y devoraba el bosque a una velocidad de vértigo.

Y se dirigía justo hacia ellos.

—¡Tenemos que volver al coche ahora mismo! —exclamó Daniel.

—No llegaréis nunca si vais a pie. No con el ritmo al que avanza el fuego —dijo el padre de Akira, olvidada ya su discusión en medio del pánico—. Montad en los caballos, os llevaremos al aparcamiento.

Akira agarró a su padre por el brazo.

—¡Pero, papá, eso es en dirección contraria a nuestra casa!

—Los dejaremos allí y regresaremos por el camino más largo —le dijo a su hija—. No nos pasará nada, pero tenemos que llevar a esta gente a un lugar seguro. ¡Ahora, deprisa! ¡Vamos!

Un incendio llamado Morris

20 Los caballos descendían al galope por el sendero. El padre de Akira montaba a Elwood con Sue, y Akira iba a lomos de Dodger con Daniel sentado detrás de ella.

Las orejas de Dodger no dejaban de moverse nerviosas hacia delante y hacia atrás, y los músculos y el paso del animal se notaban tensos. ¿Estaría captando el temor de Akira y la urgencia de su huida por el bosque, o estaba percibiendo algo más? ¿Cuán cerca estaba el fuego a su espalda?

Akira sacó su teléfono y tocó la pantalla.

—¿Qué es eso? —preguntó Daniel, que miraba por encima de su hombro.

—Una aplicación de seguimiento de los incendios. Te enseña dónde está el fuego en tiempo real.

Se cargó en la pantalla un mapa de la zona y unos segundos más tarde la chica vio cómo surgía un punto rojo grande que lo cubría todo detrás de ellos. Redujo la ampliación de la imagen, pero aquella mancha roja no dejaba de avanzar... Avanzaba y avanzaba.

Akira contuvo el aliento.

—Eso es imposible —susurró.

—¿Cómo va la cosa? —le dijo a voces su padre, que miraba ahora hacia atrás.

—Mal —respondió Akira.

Había pasado menos de media hora desde que vio aquella primera voluta de humo. El fuego ya cubría una parte inmensa del mapa al otro lado de la carretera que rodeaba la montaña; la carretera por la que tendrían que pasar Sue y su padre para salir de allí.

Peor aún, aquella mancha roja enorme ya tenía una etiqueta puesta.

—Le han puesto nombre al incendio, lo llaman Morris.

Su padre y ella cruzaron una mirada de preocupación. Ambos sabían lo que significaba cuando el Departamento de Incendios Forestales le ponía nombre a un incendio. Significaba que era de los grandes.

Mientras Akira observaba, la aplicación se actualizó, y la punta del avance del fuego saltó mucho más cerca del camino.

—¡Qué rápido se mueve! —exclamó.

—No nos va a pasar nada —le dijo su padre a voces—. Ya casi estamos en el aparcamiento.

Akira podía notar cómo Daniel temblaba detrás de ella a lomos del caballo. Ella también estaba asustada, más de lo que había estado nunca en toda su vida. Había visto incendios como este en las noticias, había respirado su humo a kilómetros de distancia, pero nunca había estado tan cerca de uno. Cuando los incendios se volvían muy grandes, cuando el viento los azotaba y se descontrolaban a velocidad de vértigo, entonces eran verdaderamente peligrosos. Entonces era cuando las llamas devoraban casas, pueblos y miles de hectáreas de bosque.

Y a la gente.

Trató de contener el pánico que ascendía dentro de ella. ¿Era humo eso que estaba oliendo en el aire, o solo eran

imaginaciones tuyas? Y ¿se estaba oscureciendo el día, o solo era una nube que pasaba sobre los árboles?

«Tendríamos que haber llamado a alguien en cuanto vimos el humo», pensó Akira, «tendríamos que haber intentado hacer algo al respecto».

Ahora ya era demasiado tarde.

Los caballos salieron del sendero arbolado e irrumpieron en un pequeño aparcamiento de gravilla. Allí solo había un coche, un híbrido de cuatro puertas y un aspecto muy elegante. Muy distinto de la robusta camioneta *pickup* del padre de Akira, un vehículo que se tragaba la gasolina.

22

—¡Ese es nuestro coche! —exclamó Sue.

Akira tiró de las riendas de Dodger para detenerlo. El padre de Sue se deslizó del caballo y fue a ayudar a su hija a desmontar de Elwood.

Dodger relinchó y se puso a danzar nervioso con Akira encima, y ella llevó la mano a la cruz del animal para tranquilizarlo.

—¿Qué pasa, chico? ¿Qué te pasa?

Volvió a comprobar la aplicación de rastreo de los incendios y parpadeó. ¡El punto azul que indicaba su situación la mostraba dentro del incendio!

—¿Cómo es posible? —exclamó y, justo al alzar la mirada, vio las primeras lenguas anaranjadas que acariciaban los árboles a lo largo de la carretera.

El fuego ya estaba aquí.

Preguntas candentes

23

—¡Papá! —gritó Akira.

Señaló hacia el límite del aparcamiento, donde los árboles se incendiaban como los palos de las cerillas.

—No. —Su padre se había girado aún a lomos de Elwood—. No, no, no, no.

Akira podía notar que Dodger tenía ganas de salir disparado, y ella luchaba con las riendas para mantenerlo bajo control.

Daniel abrazó con fuerza a Sue.

—¿Qué hacemos? ¿Adónde vamos? —preguntó.

El aparcamiento de gravilla era demasiado pequeño para protegerlos. Akira podía darse cuenta de eso. Si se quedaban donde estaban, el fuego acabaría engulléndolos.

El padre de Akira desmontó de un salto.

—Al coche —les dijo a todos—. ¡Ya! ¡Rápido! Tenemos que atravesar el incendio en coche.

—¿Atravesarlo en coche? —exclamó Daniel.

—¡Mejor que quedarnos aquí mientras el fuego nos lleva por delante! —dijo el padre de Akira—. El asfalto actuará a modo de cortafuegos. ¿Lo veis? Lo que está ardiendo son los árboles y la maleza, no la carretera.

Lars tenía razón. El fuego se extendía por el bosque, pero no por el pavimento. El coche era la única salida. Para ellos.

—Pero ¿qué pasa con los caballos? —preguntó Akira, que volvió a poner una mano sobre el cuello de Dodger.

—¡Arre! —gritó su padre al tiempo que daba una palmada en la grupa de Elwood. El frisón negro salió al galope hacia el bosque, lejos del fuego—. Los caballos están mejor sueltos —le aseguró a su hija.

24 —¿Qué? ¡No! —Akira se apartó de un tirón, y Dodger retrocedió con ella.

—¡Akira, bájate del caballo! ¡Tenemos que irnos! —le ordenó su padre.

Daniel y Sue ya estaban en el vehículo. El viento trajo unas pavesas anaranjadas, encendidas, que pasaron por delante de Akira y cayeron sobre el coche, la gravilla, las agujas de pino y la hierba seca detrás de ella. Por todas partes surgían pequeños fuegos, incluso en el suelo de grava. Dodger resopló y dio un brinco.

Un río de lágrimas surcaba el rostro de Akira.

—¡Se va a quemar en el fuego! ¡Y Elwood también!

—Los caballos son más rápidos que nosotros, pueden correr más que el fuego —le dijo su padre.

En el fondo sabía que él tenía razón. Los caballos eran asustadizos, bastaba con que abrieses un paraguas cerca de ellos para que saliesen al galope por la pradera y se quedaran allí lejos, mirando con recelo el paraguas. Elwood ya se había perdido de vista, y Dodger y él serían capaces de encontrar el camino a casa con los ojos vendados, con o sin Akira y su padre para guiarlos. Pero es que dejar allí tirado a Dodger...

—¡Tenemos que irnos! —gritó Daniel desde dentro del coche.

El fuego se estaba extendiendo alrededor de los límites del aparcamiento. El padre de Akira la agarró y la levantó del lomo de Dodger, y su hija sollozó en un gesto de culpabilidad.

—¡No! ¡Dodger! —gritó con un brazo extendido hacia él y suplicando en silencio que no le pasara nada a su caballo, que regresara a casa con ella sano y salvo.

—¡Arre! —gritó su padre.

Le dio una palmada a Dodger en los cuartos traseros, y Akira se quedó mirando cómo su mejor amigo huía al galope tendido por el bosque.

Lars Kristiansen metió a su hija a la fuerza en el asiento de atrás del coche, con Sue, y corrió hasta la puerta del acompañante para subirse de un salto al lado de Daniel.

—¡Vamos! ¡Vamos! —iba gritando.

Daniel hundió el pie en el acelerador. Los neumáticos del híbrido patinaron sobre la gravilla, el coche salió disparado hacia delante y aplastó a Akira contra el respaldo del asiento mientras se lanzaban directos hacia el corazón del infierno.